

NOTAS

DIVIDENDO DE PAZ: SE ABRE EL DEBATE

JESÚS BARCOS*

«Este Mundo da por normal lo que es intolerable.» La frase es de Federico Mayor Zaragoza, exsecretario general de la UNESCO. Describe perfectamente las coordenadas de la relación Norte-Sur. En el imaginario colectivo está prendiendo la idea de que contra la pobreza se hace lo que buenamente se puede, y que el problema de la desigualdad mundial es fatalmente irresoluble.

Con el fin de la Guerra Fría fueron muchos los que pensaron que estábamos en los albores de una nueva etapa en las relaciones entre los países. Una tendencia irreversible donde la concordia y la colaboración presidiesen las agendas.

En muy poco tiempo se pudo calibrar los riesgos y las carencias de este optimismo triunfalista, pero lo cierto es que al menos desde 1987 hasta 1994, los gastos militares mundiales disminuyeron a razón de un 3% anual. Debido a la resolución de conflictos entre naciones, en esos años se ahorraron 935 millones de dólares, produciendo un teórico dividendo de paz acumulado que podía haberse dedicado al desarrollo humano, social y medioambiental. Lejos de invertir en estas prioridades, los acontecimientos evolucionaron en sentido contrario según avanzaban los noventa.

En Asia, los gastos militares entre 1988 y 1997 crecieron un 26%; un 14% en América Latina y nada menos que un 45% en los países del norte de África. Mientras, Estados Unidos y Rusia siguen empeñados en edificar el prestigio de sus respectivos países a partir del gigantismo militar. Cerramos un siglo XX plagado de guerras y conflictos armados. Y no aprendemos. Seguimos sin distinguir dónde está el progreso. La brecha Norte-Sur se califica de irresoluble, porque la voluntad política de acabar con la pobreza es mínima. Hoy el gasto militar mundial es 60 veces mayor que la inversión necesaria en Salud y Nutrición para cubrir las necesidades básicas universales.

Extrañas proporciones, aunque no casuales. Mientras que el gasto militar

* Periodista. Coordinadora de ONGD España.

mundial no deja de crecer (en 1998 se llegó a los 780.000 millones de dólares), entre 1988 y 1998 el número de pobres aumentó en 250 millones de personas. En ese periodo la ayuda de los países más desarrollados cayó en un 35% sobre su Producto Nacional Bruto. De este modo, 1.200 millones han de sobrevivir con un dólar diario y 2.800 millones con dos dólares.

Dentro de España, el incremento experimentado por el presupuesto de Defensa desde 1996 alcanza el 10,9 por cien en términos monetarios y el 2,5 por cien en términos reales. Desde la Cátedra de la UNESCO se calcula que el presupuesto militar global para 2001, asciende a 1.772.772 millones de pesetas. El gasto militar de este año (que no sólo incluye las partidas del Ministerio de Defensa) es superior a la suma de los presupuestos de los Ministerios de Educación y Cultura, Trabajo y Asuntos Sociales y Medio Ambiente.

La cifra para I+D militar en España es 12 veces superior a lo dedicado a investigación sanitaria, y asciende a 241.202 millones. Las tres últimas inversiones de las Fuerzas Armadas (el avión EF.200, la fragata F.100 y el tanque Leopard) suponen el triple que la inversión para creación de empleo del año 2000. Los gastos militares fueron el año pasado 10 veces más elevados que el conjunto de la Ayuda Oficial al Desarrollo, donde el Estado Español se sitúa de este modo por debajo de la media de la OCDE y de la UE.

Transformar toda esta inercia bélica sería posible si los países productores de armas no colocasen la rentabilidad económica por encima de consideraciones humanas mucho más elementales. Los cinco países que velan por la paz mundial, los que tienen derecho de veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, son los cinco mayores productores de armas: Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Rusia y China. Los que velan por la paz manejan el negocio de la guerra. Es la dinámica de un mundo donde la pobreza se nos dice inevitable, y el negocio omnipotente. El Estado Español no se escapa de este comportamiento. Vende armas a 17 países que vulneran gravemente los derechos humanos. El 65% de las exportaciones españolas tienen como destino países en Desarrollo.

Desde la Coordinadora de ONGD España, que agrupa a un centenar de Organizaciones no Gubernamentales de Desarrollo, planteamos un debate sobre la medida de los gastos militares. Por eso, hemos abierto una campaña hasta el 2001 para reivindicar y difundir el «Dividendo de Paz», recomendación de Naciones Unidas a favor de la disminución de los gastos militares y su reinversión en desarrollo humano. Una iniciativa viable y urgente, que apela al sentido común y a la sensibilidad social. La actual dinámica de engrosamiento de gasto militar supone simultáneos y drásticos recortes en inversión social y cooperación, y dificulta enormemente la eficacia de nuestra labor por el desarrollo y la prevención de conflictos.

Muchas veces, para revestir de legitimidad y necesidad las intervenciones

militares, los gobiernos de toda corte todavía recurren a una equivalencia engañosa y letal, la de la autoestima colectiva. A más ejército, más prestigio del país; a más belicosos, más vitalidad nacional. Y lamentablemente, en ocasiones, el mensaje cala en la sociedad.

Por eso, es preciso ser precavidos cuando se habla de intervenciones «humanitarias». Las más remotas invasiones, pasando por el colonialismo, hasta todo tipo de conflictos, se han revestido de causas nobles. Hay que analizar con detalle las consecuencias de cada intervención «humanitaria», qué beneficios humanos acarrea, si produce víctimas, y qué costes humanos y económicos supone.

¿En qué consiste la seguridad? Difícilmente podemos decir que las guerras traen seguridad a la población cuando el 90% de sus víctimas son civiles. La disuasión es muy relativa. Cuando un país «refuerza su seguridad», el de enfrente empieza a sentirse inseguro, y aumenta su presupuesto militar. Así ocurrió en América Latina en los años noventa, donde el gasto se duplicó. Mientras se destinaron cantidades ingentes a defenderse de hipotéticos ataques y conflictos, las arcas de los estados quedaron vacías para todas las necesidades reales y perentorias en sanidad, educación, vivienda, y también en medioambiente, con constantes catástrofes naturales por causas bien artificiales.

Ni España ni ningún estado tienen más prestigio por tener un ejército más potente. Es más, mientras algunos países se hacen más y más grandes, las esperanzas para millones y millones de sus ciudadanos, se hacen más pequeñas. Mientras Estados Unidos continúa bombardeando Irak, 31 millones de personas pasan hambre a diario en la superpotencia. Con disminuir un 5% el gasto en armamento se aseguraría el acceso universal de los estadounidenses a los servicios básicos de salud. ¿Qué decir de Rusia? Mientras su gobierno arrasa Chechenia, 60.000 niños y niñas moscovitas duermen en la calle.

Ante todos estos contrastes, podemos resignarnos, y aceptar esta dinámica belicista para el próximo siglo. O podemos discrepar.

Apostar por el dividendo es racionalizar las relaciones de un mundo que se dice global. El mundo del próximo siglo puede y debe ser menos violento y tener más talla humana. La lucha contra las desigualdades es el reto de nuestro tiempo. O se afronta, o pasaremos a la historia como una generación incapaz de garantizar el cumplimiento de los derechos humanos. Hoy más que nunca, el Dividendo es un paso para construir un mundo más justo.